

Salustiano del Campo (coord.)

Francisco Ayala, sociólogo

(Madrid, Instituto de España, 2007)

Alberto J. RibesPaisajes del siglo xx.
Sociología y literatura
en Francisco Ayala

(Madrid, Biblioteca Nueva, 2007)

*«Viajes de ida y vuelta».**Notas para la sociología en la obra
de Francisco Ayala*

Dicen algunos de sus paisanos que Francisco Ayala no se despegó de sus hábitos granadinos (entiéndase pronunciación, ademanes e incluso el abrigo de ciertos menesteres domésticos) siquiera entre los rascacielos neoyorquinos que lo acogieron. Seguramente hay mucho de apócrifo en esta imagen, si bien no en su talante. Este rasgo de su ser granadino va a ser relevante no tanto en sus aspectos externos más visibles como en su forma de ver el mundo y de interpretarlo: la reflexividad como modo de estar ante la vida. Ser granadino es una nota que conviene tener en cuenta en la bio-

grafía del autor porque supone, en los que así acontece, una ontología peculiar que está más próxima al ensimismamiento orteguiano, del que se prodigarán otros ilustres granadinos, que a la extroversión que caracterizara al tópicico arquetipo del andaluz.

Una versión de este talante —que podemos llamar intimista— se puede encontrar en Francisco Murillo cuando refiere de sus paisanos, en un breve texto que titula «¡Cómo somos los granadinos!»¹, que «tenemos peculiaridades como todos los pueblos, pero son tales que los extraños propenden a considerarnos muy singulares y, por supuesto, no siempre para bien. Incluso resulta difícil decir si el saldo final, pro y contra, resulta favorable o adverso». Para Murillo, lo que es visto como indolencia, tacañería o «malaje» supone una característica del hondo modo de ser que tiene el habitante de esta tierra singular. Su retrato antropológico del granadino lo concluye diciendo: «Sea como fuere, tengo para mí que no tenemos detrás una cultura utilitaria, burguesa. Tampoco una concepción señorial de la vida, en el sentido de dominar la naturaleza dominando al hombre [...]; sino una filosofía que consiste en renunciar, esconderse (en una “recacha”) y dejar pasar la vida con unas pocas cosas que se consideran importantes: la lectura, la música, los amigos; simplemente, el paisaje». Y creo que este retrato cuadra bien con el personaje Francisco

¹ Francisco Murillo, «¡Cómo somos los granadinos!», en F. Murillo, *Nuevos ensayos sobre sociedad y política*, Madrid, CIS, pp. 69-71.

Ayala, a cuya obra se dedican los dos libros que son objeto de comentario en este texto.

Dos circunstancias sobrevenidas parecen así acompañar la densa trayectoria creativa de Francisco Ayala: su longevidad, atravesada por experiencias queridas y otras obligadas, y su natural granadino. En realidad, no son éstas sino ocurrencias, hechos dados de los que no cabe sino verlos como el bastidor sobre cuyo lienzo se plasmará su generosa visión de la vida en una profusa narración del acontecer, matizada por su imaginación. Y ésta sí es su opción personal: su creatividad irrenunciable, de la que cabe tomar nota porque, como viene a decir Dworkin, las personas deben ser responsables de sus actos (ambiciones) y no de sus talentos². Y buena cuenta se puede dar del haber de Ayala al comprobar la gruesa talla de su obra.

Afortunadamente, Ayala ha tenido la oportunidad de volver al territorio que mejor le arropa, porque, como él mismo reconoce, «la patria del escritor es su idioma». Y aquí, en su entorno, es donde ha visto recompensada su obra en el reconocimiento y el afecto que le muestran amigos, estudiosos, instituciones y público en general a través de diversas manifestaciones que distinguen a los que alcanzan el singular título de maestro.

Como parte de este reconocimiento, por lo demás largo tiempo demorado, se han dado a conocer aspectos novedosos e interpretaciones originales de los contenidos de su obra menos conocida, la que se asocia con su oficio de sociólogo. Así lo entiende también Alberto Ribes, al señalar que «la sociología de Francisco Ayala, al contrario que su obra literaria o su labor como crítico y teórico de la literatura, no ha recibido la atención que merece»³. Hoy cabe ya festejar, y en buena parte debido al estudio realizado por el propio Ribes, que esa deuda esté saldada. Nuestra atención aquí va dirigida precisamente a comentar la labor de reconocimiento de la obra teórico-social de Ayala a través de las dos publicaciones que quedan reseñadas, que, aunque con distintas intenciones en el calado de sus pretensiones, comparten el fin de hacer relevante al otro Ayala —si es que se pudiera hacer una segmentación de su obra—, al de la mirada sociológica de la realidad.

En el primer libro se recogen las intervenciones de tres conocidos profesores de sociología en un ciclo de conferencias celebrado en la sede del Instituto de España, en homenaje al autor en su centenario, bajo la coordinación del profesor Salustiano del Campo, presidente de esa real institución. El segundo libro es una edición revisada de la tesis doctoral de Alberto

² R. Dworkin, *Virtud soberana. La teoría y la práctica de la igualdad*, Barcelona, Paidós, 2003.

³ Véase en la semblanza que hace el autor sobre Ayala en su artículo «Las dos crisis de la modernidad del siglo xx y la sociología de Francisco Ayala», en Sánchez Trigueros *et al.*, *Francisco Ayala y América*, Ed. Alfar, 2007, p. 135.

J. Ribes en el que, a pesar de la naturaleza académica de la obra, el autor ha sabido presentar los resultados de su investigación de una manera accesible al público en general.

Atendiendo al orden de aparición, el primero que habría de referir es el que firma Alberto Ribes, cuya obra, por su especialización y exhaustividad, es hasta el momento el trabajo más acabado sobre el pensamiento sociológico de Ayala. El propio Francisco Ayala, que ha seguido de cerca su elaboración, así lo reconoce en el cordial texto que dirige a la organización del acto de presentación del libro. En él expresa Ayala: «A la vista de la presentación en mi Granada natal de este volumen que abarca el primer estudio comprensivo de mi obra sociológica, quiero ante todo dar las gracias a su autor por haber consagrado tanto tiempo en llevar a cabo un examen penetrante y completo de esta faceta de mi producción intelectual, que hasta ahora no había sido objeto de análisis. Para mí es una gran satisfacción el que este estudio sea obra de un investigador joven, representante de la nueva generación en una España donde, durante muchísimos años, mi obra y mi nombre fueron objeto de deliberada ignorancia, obra y nombre que con esto quedan abiertos hacia el futuro. Me encuentro por consiguiente complacido de hallarme entre ustedes en este acto de presenta-

ción, y extendiendo mi saludo a todos los asistentes»⁴.

Pocas cosas pueden decirse ya del mérito de esta obra después de que el personaje estudiado haga explícita su valoración sobre el trabajo de Ribes. No abundan los autores que tienen la oportunidad y obtienen el beneplácito de ser felicitados y reconocidos por un emblemático personaje que, a la altura de su longeva vida, tiene culminada la obra y bien matizada la opinión respecto de lo que ha sido y es su quehacer intelectual.

En consideración a Ribes conviene señalar, sin embargo, algunas de las razones por las que, en mi opinión, su trabajo es valorado así. La primera de ellas se aprecia enseguida que se inicia la lectura del libro, al observar la cuidada redacción con la que está escrito, que, sin hacer concesiones que afecten a la calidad, lo hace asequible a un público no especializado. Esta aclaración tiene sentido si se tiene en cuenta el complejo objetivo que persigue: «nos ocuparemos —dice el autor— de la obra ensayística y la sociología de Ayala, sin perder de vista tampoco la literatura, que, en sus manos, es también, como defendemos, un instrumento de conocimiento» (p. 20). En efecto, el recorrido de las etapas en las que se presenta la obra de Francisco Ayala muestra enseguida que no

⁴ Texto íntegro del correo electrónico enviado por Francisco Ayala a la Fundación del mismo nombre en Granada, el día 29 de octubre de 2007, día de la presentación del libro que comentamos.

es fácil situarla en un género determinado ni en un espacio, ni siquiera en un tiempo concreto, al transcurrir por tantas épocas y generaciones. En la tarea científica, como es sabido, la claridad expositiva no sólo es cualidad del lenguaje, sino de un trabajo bien estructurado a partir de unos objetivos explícitos por los que el lector sabe desde el principio con qué se va a encontrar en el desarrollo de los sucesivos argumentos, y de la coherencia que mantienen con los hechos y las evidencias aportados. Y, en este sentido, las expectativas que abre el libro se cubren con creces y con amenidad; sobre todo si se tiene en cuenta, además, que el repertorio creativo de Ayala es tan variado y sugerente que su estudio ofrece tantas posibilidades de análisis y vías de acceso como temas y escenarios aborda en su dilatada obra.

De aquí se desprende la segunda cualidad que cabe apreciar en el libro de Ribes. Se trata de la singular estructura de la obra, en la que el autor combina la secuencia temporal y transnacional de la trayectoria intelectual de Ayala con un análisis de su obra a través de una tipología que le permite distinguir entre obras más próximas a la sociología y obras diversas que llevan implícitas en distinto grado una interpretación sociológica de la realidad. Para este desempeño, Ribes distingue entre «enfoque sociológico» y «tradición sociológica». El enfoque sociológico revela la manera que tiene Ayala

de mirar al mundo y de entender su narrativa, cualquiera que sea el formato que adopte. Es el programa de intencionalidad (de traer el mundo a la razón: J. Searle⁵) que justifica su obra, con cierta semejanza a lo que W. Mills llama la «imaginación sociológica». Por la tradición sociológica explica Ribes el concepto que tiene Ayala de la sociología y las fuentes que le inspiran. A través de estos recursos se identifica la mayor parte de la producción intelectual de Ayala, priorizando como línea argumental —es su objetivo— el sustrato sociológico que cabe encontrar en (casi) toda su obra.

La oportunidad de este esquema responde a que el propio Ayala no es dado a compartimentalizar la obra sociológica de la de creación literaria. Lo habitual en él es que la sociología informe su literatura y el arte narrativo acompañe al análisis social en la mayoría de su producción intelectual. De ahí que el propio Ribes dedique en particular un epígrafe —*La sociología como forma de arte y el arte como forma de sociología*— para ponderar ese contenido sociológico cualquiera que sea el formato de expresión que se observe; porque —según Ribes— «es posible ofrecer una interpretación más completa, más unitaria, que explique la unidad de la obra de Ayala desde una interpretación unitaria, global» (p. 121). Para esa labor de decantación, Ribes refiere, de manera generosa, las fuentes que inspiran el pensamien-

⁵ J. R. Searle, *Razones para actuar. Una teoría del libre albedrío*, Oviedo, Ed. Nobel, 2000.

to social de Francisco Ayala. Destaca en particular la influencia de autores del ámbito sociológico germánico, como Weber, Heller, Simmel u Oppenheimer, y, en España, la procedente de la tradición encarnada en el institucionalismo, sobre todo a través del magisterio de Adolfo Posada, además del pensamiento de Ortega. A partir de estos autores, pero en contraste con muchas de sus tesis, es como Ribes presenta el trasfondo en el que Ayala moldea su peculiar noción y estilo del conocer sociológico.

Llama la atención, a pesar de las fuentes tradicionales en las que bebe, la visión moderna que tiene Ayala de la sociología en épocas tempranas, en línea con la renovación sociológica experimentada tras la Segunda Guerra Mundial. Frente al creciente influjo del paradigma positivista en los años cuarenta, Ayala opta por una sociología más comprensiva y fragmentaria. Ribes refiere al respecto cómo la obra de Oppenheimer —por citar un caso—, basada en un sistema teórico cerrado, próximo al modelo de la física, contrasta con las ideas que sostiene Ayala, quien ante el panorama dominante «se mostrará insatisfecho con las ciencias naturales en su aplicación a las ciencias sociales» (p. 141), «cuyos métodos no sirven para el estudio de la realidad social» (p. 162). En este sentido, Ayala queda reflejado en esta obra como un anticipador de lo que habría de ser la sociología crítica frente al positivismo abstracto, que iniciaran en Norteamérica autores como Mills y Gouldner años después.

Frente a la tradición sociológica objetivista, Ayala apuesta por un *enfoque plenario* «capaz de integrar tres vertientes del conocimien-

to: la ciencia-natural, la comprensiva y algunas intuiciones literarias basadas en el conocimiento de la ciencia sociológica». De los tres enfoques que dan razón de la realidad, Ayala apuesta sobre todo por la sociología comprensiva sin prescindir de lo literario, en detrimento del modelo naturalista de la ciencia. Desde el enfoque sociológico que impregna su mirada, hasta la fábula es adoptada como una vía interpretativa del mundo porque la literatura puede ser otra forma de estar, pensar y participar en el mundo; a tal punto es así en la obra de Ayala que «en todo cuanto he producido —dice Ayala— en el campo de la invención del idioma hay un fondo sociológico larvado» (p. 164).

Con estos recursos, Ribes va a ir descubriendo a un sociólogo comprometido con el mundo, con la ética, sin por ello renunciar a la imaginación. Esta unidad plural y fragmentaria de contenidos, que para Ribes «es un concepto fundamental de la obra de Ayala» (p. 179), va a mostrar a un pensador que maneja un amplio registro de dominios que aborda desde la crítica política a la anticipación de realidades venideras, de lo que da cuenta en las fases sucesivas del libro. Al final de su obra, nuestro autor comentado opta por enfatizar la vertiente de un personaje preocupado por descifrar la crisis de la modernidad del siglo xx, que, más allá de quedar superada con el fin del siglo, y en vista a las derivas que cursa la hipermodernidad, sólo hace confirmar la radicalidad de la crisis y la incierta conciencia que se ha alcanzado para superarla. De este modo deja cerrada la imagen de un Francisco Ayala que ante todo es un confiable testigo, permanente, de la crisis del siglo que lo vio nacer.

Podríamos caer, sin embargo, en una apreciación poco matizada, que no favorecería siquiera el trabajo realizado por Alberto Ribes, si no hiciera por mi parte referencia a ciertos sesgos que se dan en su texto. Un detalle, menor sin duda, que puede encontrar el lector atento es la evocación reiterada de ciertas peculiaridades del personaje estudiado, en particular cuando insiste en la atípica forma que tiene Ayala de abrazar la sociología: en la insistencia del doble vínculo que integra la obra de Ayala desde la creación imaginativa a la par que teórico-reflexiva. Entiendo que ésa es una cuestión bien resuelta desde el principio que no habría que volver a referir, más allá de los argumentos que la justifican. Y poco más, si no tenemos en cuenta la mora que se permite a la hora de presentar a ciertos autores coetáneos o precursores de Ayala como pórtico de lo más sustantivo de la obra, que, si bien enriquece la comprensión de ciertos aspectos, también distrae del objeto primordial. Podría valer una referencia a las vicisitudes que comparte con Medina Echavarría y Recaséns Siches, pero no así la atención a Ortega, que, sin negar su importancia, el recalo en su obra queda excesivo en el conjunto del libro. Por último, y para mi gusto, prescindiría de parte de las autorreferencias que ofrece Ribes. No las encuentro necesarias para la comprensión del texto, ni siquiera para justificar «su» saber de Ayala. Vale decir en su descargo que la juventud paga a veces sus deudas con cierto énfasis del trabajo propio en busca de legitimidad: y en verdad que en esta ocasión, en la obra que comentamos, el autor tiene mérito suficiente como para no necesitar pagar ese precio.

* * *

La obra que coordina Salustiano del Campo, *Francisco Ayala, sociólogo*, es por la intención bien distinta en factura y contenido; también en la experiencia de sus autores. Sólo hay que ver la trayectoria que muestra el currículum que se adjunta de cada uno de los que participan en el propio libro para saber con quiénes vamos a recorrer las distintas semblanzas que nos ofrecen del veterano pensador. Me interesa mucho destacar el texto que firma José Enrique Rodríguez Ibáñez, que, además de ser el primero que abre el libro, tras el sintético pero lleno de sentido prólogo del profesor Del Campo, reclama la atención por la lúcida disertación que ofrece del contexto intelectual y cultural desde el que, de otro modo, también cabe interpretar la obra de Ayala.

Rodríguez Ibáñez es autor reconocido en la versión más sugestiva de la teoría sociológica en nuestro país, y en esta ocasión hace prueba de ello incluso en un texto breve como el que se recoge bajo el título «La sociología narrada de Francisco Ayala». Conocedor de la literatura y del pensamiento europeos de las décadas más críticas y, sin embargo, creativas del siglo xx —en cuyas generaciones se inscribe el principal legado sociológico de Ayala—, así como de las obras de exégesis que se han escrito recientemente sobre el autor centenario —no es por casualidad el maestro de A. J. Ribes—, Rodríguez Ibáñez nos presenta un sugerente ramillete de ideas sobre la correspondencia que se puede establecer entre maduros autores coetáneos del joven Ayala. Sobre todo, de pensadores alemanes de distinta ocupación intelectual (M. Weber y T. Man) pero de compartido significado existencial, a partir de cuyo contexto describe el imaginario social del que se ali-

menta Ayala en su época de formación en Alemania. Imaginario que marcará con mucha probabilidad el estilo humanista de nuestro clásico.

Nos viene a decir el profesor Rodríguez Ibáñez que, frente a otras sociologías más positivistas, «en Alemania la sociología clásica se entronca con una tradición ensayística y reflexiva que nunca es vista como adversaria sino como terreno abonado para su mismo despliegue» (p. 14). De ahí que la sociología alemana aporte, frente a otras tradiciones más científicas, «un determinado poso narrativo que contemplará el saber propio de la nueva disciplina como una más entre las diversas reflexiones públicas que dan cuerpo a la conciencia de época». Por lo que sabemos ya de Ayala en el comentario a Ribes, no es difícil adivinar cómo ha influido este acervo sociológico-literario alemán en su «pensamiento narrativo».

A partir de este marco, Rodríguez Ibáñez entra en detalles que dan cuenta de cómo el fundamento sociológico de Ayala está presente en su obra; y para avalar la tesis no necesita embarcarse en el despliegue detallado de la extensa bibliografía ayaliana. Le es suficiente pulsar los puntos calientes de su *Tratado de sociología*, a partir de cuyo universo de conocimiento Rodríguez Ibáñez subraya la actitud crítica de Ayala y el compromiso moral que adopta ante el funcionamiento de las instituciones claves de la sociedad en la que vive. La concisión que emplea en su texto es reflejo del conocimiento del autor comentado, del que sabe resaltar los aspectos singulares de su sociología; y lo hace con un estilo narrativo poco frecuente en textos de pensamiento (o teoría social), en el que destaca el cuidado uso del lenguaje junto a la clari-

dad expositiva. Remito al texto, porque se disfrutará, a pesar de que la intención señalada sea sólo la de presentar otro ángulo del retrato del personaje.

Si el texto de José Enrique enfoca a distancia el objeto de estudio, centrado en la época germinal, para descubrir las señas de la identidad intelectual de Francisco Ayala, José Castillo opta en su caso por la distancia corta del recuerdo personal. Rememora los lugares que, tiempo después, forman parte también de su propia experiencia, al referir los escenarios por los que se desenvuelve el Ayala adolescente. Lo hace apelando, de forma más bien tácita, a esa condición original que a ambos les impregna de singularidad: su Granada natal. La visión de la biografía de Ayala, vista ahora desde la proximidad del paisanaje, revela de manera sutil las condiciones sociales y culturales desde las que cabe interpretar la inquietud intelectual del singular sociólogo.

La Granada del joven Ayala es la ciudad que vive años de apogeo cultural; donde, por ejemplo, ya reside Manuel de Falla, y Federico García Lorca escribe sus primeras obras (*Impresiones y Paisajes*). Es, en suma, un ambiente que respira libertad y creatividad, y que marcará a muchos jóvenes intelectuales que comparten espacios sociales con Francisco Ayala. Pues bien, cabe observar cómo en el mismo modo de relatar estas coincidencias de hábitos y lugares, cuyo recorrido está lleno de evocaciones y llamadas de atención que son de interés para comprender mejor la personalidad de Ayala, la mirada de José Castillo está cargada del juicio que le enseñó a ejercitar ese otro clásico de nuestra sociología —que tanto ha in-

fluido para descubrir a los «sociólogos sin sociedad»— que fue E. Gómez Arboleya. Con este pórtico, Castillo entra a reseñar aspectos de la obra de Ayala en una síntesis generosa que denomina «miscelánea de la sociología ayaliana», en la que destaca las obras canónicas o de tipo más social de Ayala. Por lo demás, lo que señala de Ayala puede ser complementario del más detenido análisis que efectúa Ribes en la obra arriba comentada.

Y, siguiendo la línea imaginaria que traza el paisanaje, aparece el último texto que compone el libro homenaje que brinda el Instituto de España. Éste está realizado por otro granadino de formación, y durante muchos años de profesión, como es Julio Iglesias de Ussel. Iglesias se siente cómodo en su texto; fluye como el agua en cauce de altiplano: con regularidad y sin sobresaltos. Se nota la experiencia que tiene Julio Iglesias de haber estudiado con profusión la obra de sociólogos españoles (Gómez Arboleya, Severino Aznar, Murillo Ferrol, entre otros). En su caso, la aproximación a Ayala la hace como se suele con los autores clásicos. Parte de su biografía, a partir de la cual entra en distintas secuencias temporales de sus etapas productivas para, al final, destacar ciertas cualidades singulares del clásico. De éstas, cabe decir que la aportación más original de Iglesias de Ussel es la de destacar en el personaje la ponderación, su empatía con el medio y, algo que ha suscitado mi interés, el optimismo ante el futuro que encuentra en Ayala. Y, en

efecto, a pesar de que Francisco Ayala es un sagaz vaticinador de un futuro incierto, en el que el avanzado progreso técnico no acierta a converger con la limitada conciencia de especie que caracteriza a las sociedades empeñadas, sobre todo, en el desarrollo material, su talante es optimista en lo personal y en la creencia de que la reflexión intelectual aportará claridad ante los nuevos contextos históricos concretos. De ahí que aunque, para Ayala, la sociedad nuestra esté en crisis recurrente —vamos ya por la segunda crisis de la modernidad—, eso no impide que se logren estadios de mayor libertad, si se acierta a elegir el camino más adecuado. Julio Iglesias de Ussel está por esta otra lectura más esperanzadora, que con seguridad tiene que ver con el talante franco ante la vida que ha mostrado durante toda su trayectoria el propio Francisco Ayala. En cualquier caso, algo esperanzador se ha abierto ya al recuperar con estas obras que reseñamos a un pensador de la sociología que tanto tiempo ha sido, como sociólogo, extrañado. Ahora es el momento de disfrutarlo. Para ello, la mayor comprensión que podemos tener de Ayala, y con él de nuestra sociología local, se puede obtener a través de las lecturas complementarias de los dos textos comentados, que sin duda ayudarán a profundizar en la obra singular de Francisco Ayala.

Felipe MORENTE MEJÍAS